ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

CALDERÓN

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES Y CELSO LUCIO

MÚSICA DEL

MAESTRO NIETO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID 23
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1894

CALDERÓN

CALDERÓN

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES Y CELSO LUCIO

MÚSICA DEL

MAESTRO NIETO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESLAVA la noche del 10 de Noviembre de 1890

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

A los Sres. Amaré y Carreras

SIMPÁTICOS EMPRESARIOS DE ESLAVA

al primero por su bondad y afecto, y al segundo por su talento y "circunstancias," les dedican esta obra sus invariables amigos

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLITA	Srta. Arana.
DOÑA DOLORES	Sra. Muñoz.
DOÑA TERESA	Srta. Gómez.
ROSA	Pascual.
ANICETO CALDERÓN	Sr. Carreras.
SR. MANSO	Vega.
ARTURITO	Mesejo (D. E.)
SR. CORDERO	Infante.

ACTO ÚNICO

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro y laterales. A la izquierda (del actor), una mesa con dulces y botellas.

ESCENA PRIMERA

SOLITA y ROSA arreglando la mesa

ROSA ¿Qué le parece á usted la mesa, señorita?

SOL. Muy bien.

ROSA ¡Está usted agitada!...

SOL. Y tengo motivo.

ROSA ¿Pues no van á presentar esta noche en la reunión al señorito Arturo?

SOL. Sí; pero figúrate que como esas relaciones no las sabe nadie más que él, tú y yo, papá me ha indicado que piensa casarme con un señor bolsista, amigo suyo, algo viejo, pero muy rico; ya ves, creo que tiene un capital en Cubas.

ROSA ¡Qué atrocidad!

SOL. Yo prefiero á Arturo; pero como papá es tan interesado... Si él tuviera algo de lo que le sobra al otro...

ROSA Pues bien podía darle un par de cubas, que otros con una se ganan la vida.

SOL. Y es posible que lo presenten esta noche también; pero como yo le hable, no le quedan ganas de volver.

ROSA No hay que apurarse, señorita; todo se arreglará. (Vase.)

ESCENA II

SOLITA

Música

Él me llama su tesoro,
su delicia, su ilusión;
yo le digo que le adoro
y es mi vida su pasión.
Son sus palabras dulce armonía,
que el alma mía
llena de afán.
Sólo á mi Arturito
mi amor prefiere;
como él me quiere
no me querrán.
Por eso mismo
no han de lograr
que á mi Arturito
llegue á olvidar.
Me llama «vida,»
me llama hurí,
y eso, señores,
me gusta á mí.
Él me inunda de alegría
al decirme con pasión:
¡Gloria! ¡Cielo! ¡Chacha mía!
¡Quién te quiere más que yo!
El se pone muy meloso
cuando jura serme fiel,
me seducen sus palabras
dulcecitas cual la miel.
Junto á la esquina
de la plazuela
de centinela
le tengo ya,
burlando siempre,
con fe y constancia,
la vigilancia
de mi papá.
Por mis amores,
sin vacilar,

mil sinsabores
supo arrostrar.
Y á tantas pruebas
sensible fuí;
¡qué hemos de hacerle,
si soy así!

ESCENA III

DICHA y el SEÑOR MANSO. Solita queda en segundo término. El señor Manso sale muy preocupado y sin reparar en su hija, por el primer término derecha

Hablado

MAN. ¡Por fin, esta noche es la tragedia! El honrado suelo de esta casa será teatro de un sangriento suceso: de mi venganza... ¡Oh! ¡Sí, mi mujer me engaña!... Lo he sabido hoy mismo. ¡Pérfida! ¡Mi!... (Transición del furor á la calma.)

SOL. ¡Papá!

MAN. ¡Hija mía! (Disimulemos.)

SOL. Parece usted preocupado.

MAN. ¡Cá, hija! Nunca he estado tan tranquilo ni más satisfecho, al verte tan elegante. Ese es el traje para el baile, ¿eh?

SOL. Este. ¿Le gusta á usted?

MAN. Mucho.

SOL. Este color me sienta bien. Conque, diga usted, papaito, ¿es de veras que está usted tranquilo y satisfecho?

MAN. ¿Lo dudas, hija? (¿Si sabrá algo? Pero no, imposible; ¿qué ha de saber?)

SOL. No, papá, no lo dudo. Pues... entonces... (ahora se lo digo), entonces, voy á decirle á usted una cosa.

MAN. Dí, hija, dí.

SOL. Pues que esta noche van á presentar en la reunión á un joven muy simpático.

MAN. Lo sé, y no será uno solo el que presenten.

SOL. Bueno; pero el que yo creo que nos interesa es uno que le llaman Arturito...

MAN. No, no... puede que haya otro que nos interese más...

SOL. (¡Dios mío, y yo que creía que iba á convencerle!) Pero, papá, dice usted que otro...

MAN. Sí, sí... Calderón... ese, ese... (Paseando con agitación.)

SOL. ¡Calderón!

MAN. Digo... no, nada; hija, vete; tú no debes saberlo hasta luego.

SOL. (¡Calderón!... ¡Si será el novio que me han buscado! ¡Qué horror!) Pero si á ese no le conozco, papá.

MAN. Ni falta que te hace.

SOL. ¡Pero eso es una atrocidad!

MAN. Que lo sea; haré lo que deba. Tú olvida, obedece, calla y vete...

SOL. Bueno, me iré; pero...

MAN. Déjame solo.

SOL. (¡Imponerme un marido! ¡Pobre Arturito! ¡Esto es una tiranía!) (Vase.)

ESCENA IV

SEÑOR MANSO y DOÑA DOLORES. Sale segunda izquierda

DOL. Pero, hombre, ¿qué haces ahí? Ya han empezado á llegar los invitados. (Le diré algo.) Oye, quería decirte una cosa; la niña, aunque le gustan mucho estas reuniones que damos, como hay muy pocos que toquen el piano, tiene que tocar la mayor parte de la noche. Esto es aburrido, y se podría evitar si viniera un pianista pagado...

MAN. Pero es un gasto inútil. Más adelante veremos. (Contesta distraído.)

DOL. (No se convence.) Pero, hombre, ¿qué te pasa? Estarás pensando, como siempre, en tus negocios.

MAN. En otra cosa más grave estoy pensando.

DOL. ¿Y qué es ello?

MAN. Oye, (veamos); á un amigo, á quien quiero mucho, le sucede una cosa horrible.

DOL. ¿Qué le pasa?

MAN. Sospecha que su mujer le engaña.

DOL. ¡Qué atrocidad!

MAN. (No se inmuta.) Y como eso merece un castigo terrible, temo una desgracia.

DOL. Efectivamente es grave; pero, ¿qué vas á hacer?... Es natural que lo sientas, pero no te preocupes tanto. ¿Y estás seguro?

MAN. Todos los indicios son evidentes, pero le falta una prueba plena... ¡En cuanto la tenga!...

DOL. ¡Quién sabe, hombre, quizá esté equivocado!

ROSA Los señores de Cordero acaban de llegar. (Desde la puerta del foro.)

DOL. Los de Cordero, voy á recibirlos.

MAN. (Cómo disimula.) Oye, Rosa, dí al señor Cordero que entre inmediatamente.

ROSA Está bien. (Vase.)

DOL. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA IV

MANSO y CORDERO

MAN. ¡Mi amigo Cordero me aconsejará! El me quiere y ha de juzgar más friamente este asunto.

COR. (Saliendo.) ¡Mi querido Manso!

MAN. Amigo mío, ven, tengo necesidad de hablarte.

COR. Y yo también necesito tus consejos. (Se abrazan.)

MAN. Y yo los tuyos.

COR. Hablemos.

MAN. Hablemos. Oye, Cordero, yo... soy un desgraciado.

COR. ¿Sí?... Pues, oye, Manso... ¡yo soy otro!...

MAN. ¿Otro qué?

COR. Otro desgraciado.

MAN. Bueno, pero tu desgracia será menos grave.

COR. ¿Menos?

MAN. Menos, sí; mi mujer, aunque te pasmes, me engaña...

COR. ¡Horror! Pues mi mujer, asómbrate, me engaña también.

MAN. ¡Cordero!

COR. ¡Manso!

MAN. ¿Qué dices?

COR. Lo que tú.

MAN. ¿De modo que á los dos nos engañan?...

COR. ¡A los dos! ¡Qué coincidencia!

MAN. ¡Espantosa! (Quedan pensativos)

COR. ¡Parece mentira! ¡Tu mujer que parecía un angel!

MAN. Pues, y la tuya, ¿qué parecía?...

COR. Ya te decía yo que no volvieras á casarte á tu edad.

MAN. Yo tengo disculpa, porque tengo una hija, pero tú...

COR. Yo porque no la tenía y quería saber qué era eso.

MAN. Pues, ya lo ves.

COR. Yo he sido feliz hasta ayer, que supe mi desgracia.

MAN. Y yo hasta que la he descubierto hoy.

COR. Te compadezco.

MAN. Muchas gracias, igualmente. (Dándole la mano.)

COR. En fin, tranquilidad, y como hombres de honor, hablemos friamente. (Se sientan.)

MAN. Bueno, dí, ¿cómo lo has descubierto?

COR. Pues, ayer, oculta en el devocionario de mi mujer, he hallado una tarjeta que decía: «Gracias por todo, señora; ya sabía yo que usted no podía olvidarme. Seré mudo como me encarga. A las diez en el baile. No faltaré.—ANICETO CALDERÓN.»

MAN. (Que ha ido levantándose poco á poco asombrado.) ¡Horror! (Cae desplomado en la butaca.)

COR. ¿Qué te asombra?

MAN. ¿Qué me asombra? Oye... he encontrado á mi mujer una tarjeta que decía: «Gracias por todo, señora; ya sabía yo que usted no podía olvidarme. Seré mudo como me encarga. A las diez en el baile. No faltaré.—ANICETO CALDERÓN.»

COR. (Que ha ido levantándose poco á poco asombrado.) ¡Horror! (Cae desplomado.) ¡La misma tarjeta!

MAN. ¡La misma! De modo que una debe ser cómplice y la otra culpable. (Se levantan.)

COR. ¡Es claro! La culpable será la mía.

MAN. O la mía.

COR. Es verdad, ó la tuya.

MAN. Tienes razón, ó la tuya.

COR. De todos modos es preciso averiguar...

MAN. Indagar...

COR. Y matar. Yo te juro por todos los Corderos, mis ascendientes, que si es la mía, me batiré con él; y antes que me mate, he de probarle que los Corderos se venden caros.

MAN. Ya lo sé. Y si es la mía, sólo te digo que sabré demostrar lo que es un Manso. (Se dan la mano.)

COR. ¡Bravo!

MAN. ¡Bravísimo!

COR. Lo demostrarás, te conozco.

MAN. Disimulemos. Yo vigilaré á cuantos entren. Ahora, al salón.

COR. Pasa, Manso, yo voy detrás. (Vanse.)

ESCENA V

DOÑA DOLORES y DOÑA TERESA Salen lateral izquierda

TER. ¿Conque recibiste mi tarjeta con la del pianista?

DOL. Sí, esta tarde.

TER. Ya ves que el muchacho está agradecido; y te aseguro que toca admirablemente.

DOL. Esta noche veremos.

TER. Además es muy solícito. El mismo vino ayer á dejar la tarjeta en la portería de casa, y yo me apresuré á enviártela para que tuvieras la seguridad de que estabas complacida. Oye, ¿y no se lo has dicho por fin á tu marido?

DOL. No, no sabe nada. Antes quise indicárselo y se opuso; ya sabes que es muy poco espléndido, y le pareció un gasto inútil; de modo que le haré pasar por un nuevo amigo...

TER. Sí, un amigo que no baila...

DOL. ¡Que toca, únicamente!

TER. Pues yo también se lo oculté á mi marido; porque como los hombres todo se lo cuentan...

DOL. Has hecho bien; oye, ¿y sabrá fingir?

TER. No lo dudes, es muy listo.

DOL. Lo que me parece es que tarda mucho.

TER. Sí, efectivamente, ya debía estar aquí.

DOL. Pero volvamos al salón, no sea que noten nuestra ausencia.

TER. Vamos. (Vanse.)

ESCENA VI

CALDERÓN, con una cojera muy pronunciada, entra con el traje descompuesto y manchado de barro

Música

Yo soy don Aniceto Calderón;
un verdadero genio musical
que ha alcanzado su gran reputación
en el Café Imparcial.
Es la música mi encanto
y me vuelve el arte loco,
que por eso toco tanto,
toco tanto... tanto toco...
Y la chica que me escucha
con muchísima intención,
dice que yo tengo mucha
pero mucha ejecución.
Recorro el teclado
en un dos por tres;
toco de memoria
todo lo que sé;
y á Verdi, Rossini,
Beethoven, Mozart,
á cada momento
les suelo tocar.
A una bella baronesa
le toqué La Marsellesa,
pero conocí en su cara
que no le hizo muy feliz.

Porque, lo que ella quería,
era que yo le tocara
el schotis de *La gran vía*,
y al fin le toqué el schotis.
No hay una pieza musical
que yo no toque, bien ó mal.
Y á domicilio doy lección
á cuatro reales de vellón;
do, re, mi, fa, sol,
do, re, mi, fa, sol.
En la calle del Carbón,
Aniceto Calderón,
inquilino del figón,
siempre á su disposición.

Hablado

Por fin he logrado mi objeto; gracias á doña Teresa que me ha recomendado, vengo á esta casa á tocar durante la reunión; y poquito que deseaba yo tocar aquí; como que viene Pérez, ¡el gran Pérez! y me oirá y quedará asombrado; y cuando le pida la plaza de organista de las monjitas de Chamberí, como él tiene influencia, me la darán, porque me recomendará á la abadesa; y como yo me agarre á ese órgano, ya he hecho mi suerte; porque cumpliendo bien es una plaza muy segura. ¡Ay!... cómo me duele todo. Es claro, si ha sido un golpe atroz. ¡Y cómo me he puesto de barro y agua! ¡Cómo me presento así la primera vez que me ven! Digo, y teniendo que pasar por un amigo de la casa, para que el marido de doña Dolores no se entere, porque creo que es así (Cerrando el puño.) y tiene un genio atroz. ¡Ay!... ¡Pero como estoy! Siempre que tengo interés por agradar en alguna parte, me ha de suceder alguna desgracia que me lo hecha todo á perder; hoy que me había puesto el chaquet bueno, un chaquet que no le uso más que para ir á las reuniones y los días de gran recepción, me caigo, y al verme así, hecho un cualquier cosa, no sé lo que van á pensar

de mí. Pero estoy como si dijéramos en vilo, porque la verdad es que tengo mala pata. (Cojeando.) *¡Do, mi, la, sol!*

ESCENA VII

CALDERÓN y DOÑA DOLORES, lateral izquierda

DOL. ¡Calderón! (Llamándole.)

CAL. Señora mía, servidor de usted.

DOL. Me ha dicho la muchacha que había usted llegado. Le esperaba con impaciencia.

CAL. Lo creo, señora, pero...

DOL. Vendrá usted de algún asunto.

CAL. No, señora, vengo de un charco...

DOL. Pues nada, señor Calderón, es usted muy bien recibido.

CAL. Gracias, señora.

DOL. Lo que le encargo á usted es que disimule lo mejor que pueda, con el fin de que nadie se entere de lo que es usted, sobre todo mi esposo.

CAL. No hay cuidado.

DOL. Conque ahora mismo pasará usted al salón.

CAL. ¡Ay! señora... ¡Señora!...

DOL. ¿Qué hay?

CAL. Señora, un inconveniente. Sin duda usted no ha reparado en mi traje. Estoy hecho una sopa, lleno de barro ..

DOL. Calle, pues es verdad. . ¿Y de qué está usted así?

CAL. ¡Que me ha ocurrido una horrible desgracia, señora! Salgo de dar una lección, y creyendo que se me hacía tarde, acelero el paso, y como ignoraba la hora, echo mano al bolsillo, miro el reloj de la Puerta del Sol, y... veo las diez. Iré en tranvía, me dije; corro, le alcanzo, iba lleno y me tengo que quedar en el estribo. Al pasar el tranvía con velocidad extraordinaria por una curva, me dan el billete, saco el perro, levanto el brazo para alcanzar la mano del cobrador que salía por entre las cabezas de los pasajeros, me

esfuerzo, y... ¡zás! pierdo el equilibrio, el estribo y el perro, y dí de bruces en un charco... (Todo este párrafo muy accionado.)

DOL. ¡Jesús! ¡Qué desgracia!

CAL. ¡Conque, esfuércese usted por pagar, señora, esfuércese usted!...

DOL. ¡Pobrecillo! Bueno, pues espere usted un momento; diré á la muchacha que venga y le seque á usted el chaquet con una plancha. Ella le traerá una americana de mi esposo, para que la lleve usted mientras.

CAL. Gracias, señora, muchas gracias.

DOL. Así le puede á usted coger un dolor...

CAL. Y diga usted ¿del otro modo no puede cogerme su esposo de usted, que será peor que un dolor?

DOL. No tema usted. De todos modos, procure ocultarse; es cuestión de un momento. ¡Hasta ahora!

CAL. Aquí espero.

ESCENA VIII

CALDERÓN y ROSA

CAL. ¡Pues señor! estoy fresco; demasiado fresco; es claro, la lluvia. Y al salir de casa no se me ha ocurrido ponerme un impermeable... Y gracias á eso, porque si se me ocurre... ¡buena plancha, porque como no lo tengo!...

ROSA ¡Señor Calderón!...

CAL. ¡Hola! ¡Servidor!...

ROSA Le traigo á usted esta americana de parte de mi señora.

CAL. Bueno; pues mira, ayúdame.

ROSA Venga. (Le ayuda á quitarse el chaquet.)

CAL. Mira, no tires tan fuerte, porque si se me rompe, ¿sabes? lo sentiría.

ROSA Pues parece una tela muy sufrida.

CAL. ¡Sufrida!... No sabes tú bien lo que ha sufrido. ¿Lo ves, que parece nuevecito? Bueno, pues ya le he dado una vueltecita.

ROSA ¿Cómo?

CAL. Pues, lo usé seis años por un lado, lo volvieron, y ahora hace otros seis años que le uso por el otro lado; así es que el año que viene...

ROSA Sí, le puede usted poner de canto.

CAL. Sí, de canto y piano; ¡qué bromista!

ROSA ¡Pero qué atrocidad! Mire usted cómo ha puesto el suelo de barro. (Mirando al suelo.)

CAL. Y gracias que no le mojo más que con un pié.

ROSA ¿Por qué?

CAL. Pues porque el otro siempre lo tengo puesto á secar. (Marca la cojera.)

ROSA Hasta luego.

CAL. Adiós, y cuidado con la plancha, ¿eh? No me le quemes.

ROSA Descuide usted. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA IX

CALDERÓN y MANSO por el foro

CAL. Pues no me está mal la americana del amo, si no fuera por las manchitas estas. Pues, señor, esto se arregla. En cuanto la chica me traiga el chaquet planchadito, me voy al salón, me siento al piano, allí estará Pérez, y cuando vea mi manera de ejecutar... (Se acerca á la mesa.) ¡Uy! merenguitos; esto será para los convidados; no, pues lo que es este es para mí. (Coge uno.)

MAN. (Saliendo.) (Este debe ser, he visto á Rosa salir de aquí y hablar en secreto con Dolores.) ¡Caballero! (Dándole un puñetazo en el hombro.)

CAL. Usted gusta; digo, usted dispense...

MAN. ¿Usted es Calderón?...

CAL. Servidor de usted. (Se guarda el merengue en el bolsillo de la americana y saca la mano llena de merengue, para disimular lo cual, se restriega los dedos en el pantalón y en la cabeza, hasta que al fin muy azorado se los chupa.)

MAN. ¡Parece mentira!

CAL. Pero lo soy, caballero.

MAN. ¿Y usted sabe quién soy yo?

CAL. No tengo el honor de...

MAN. Yo soy el dueño de la casa.

CAL. Muy señor mío, me tiene usted á sus órdenes, todo cuanto tengo es de usted, (hasta la americana).

MAN. No disimule usted; lo sé todo.

CAL. ¿Todo?

MAN. Todo. ¿No tiembla usted?

CAL. ¡Sí, señor... de frío!

MAN. ¿De modo que no teme usted mi enojo? ¿Usted cree que á mí se me engaña impunemente?

CAL. (Anda, ya lo sabe). Mire usted, la verdad, no es culpa mía.

MAN. ¿Cómo?

CAL. Su señora tenía interés en ocultárselo.

MAN. ¡Miserable!... Siga usted; quiero saberlo todo antes de vengarme.

CAL. (¡Caracolillos, vengarse!) Pues mire usted, mi parecer era que usted se enterara, porque al fin lo había usted de saber, y á nadie le gusta que le engañen.

MAN. De modo que ella...

CAL. No quería decirlo.

MAN. ¿Y usted?

CAL. Prefiero que lo sepa.

MAN. Caballero, observo que tiene usted la manga ancha.

CAL. No es mucho. (Mirando la manga de la americana.)

MAN. ¿Y confiesa usted que ha escrito una tarjeta diciendo que estaría aquí á las diez?

CAL. Sí, señor.

MAN. ¿Y usted sabe lo que se merece el que viene á una casa honrada á perturbar la tranquilidad, á llevarse lo que no le pertenece?

CAL. (¡Atiza! Ya ha conocido la americana). Caballero, yo le diré á usted...

MAN. ¡Basta! Le probaré á usted que soy un hombre de honor, y que no consiento que sobre mí caiga una mancha.

CAL. (¡Qué embustero!) (Mirando las de la americana.)

MAN. Y que las manchas se lavan.

CAL. (Con bencina). Sí, señor.

MAN. Por lo tanto, no puedo consentir que nadie

me engañe; va usted á entrar en ese cuarto, y un amigo de mi confianza vendrá inmediatamente á entenderse con usted.

CAL. Pero...

MAN. Ni una palabra más.

CAL. ¡Pero, señor de Manso!

MAN. Al encierro.

CAL. Vaya usted delante.

MAN. ¡Vamos! (Calderón entra en la segunda derecha.)

ESCENA X

MANSO. Luego SOLITA por el foro

MAN. Este hombre es un cínico, y necesito matarle. Ya no cabe duda; era mi mujer la de la tarjeta. Cordero se encargará de arreglarlo.

SOL. Papá, te estaba buscando.

MAN. ¿Para qué?

SOL. Para decirte que ya han presentado á ese joven.

MAN. Sí, ya lo sé; han presentado á todos.

SOL. ¿A todos?

MAN. A todos.

SOL. ¿De modo que ha venido el que tú me dijiste?

MAN. Sí; déjame en paz. Ve á bailar. Ya hablaremos después... ¡Ah! Calderón, mañana... (Vase primera izquierda.)

SOL. Y se va... ¡Siempre Calderón! Pues no lo querré, sea quien sea.

ESCENA XI

SOLITA y CALDERÓN; aquélla se sienta, dando la espalda á la puerta por donde sale Calderón

CAL. Parece que se ha marchado. ¡Vaya un geniazo que me gasta!... ¡Ah, ésta será la niña. (Reparando en Solita.) ¡Señorita! (Llamándola.)

SOL. ¡Caballero!

CAL. Usted no me conocerá, porque es la primera

vez que tengo el gusto de venir á esta casa.

SOL. ¡Ah! ¿Ha sido usted presentado esta noche?

CAL. Sí.

SOL. ¿Acaso será usted el señor Calderón?

CAL. El mismo. ¿Me esperaría usted con impaciencia, verdad?

SOL. Sí, señor; pero era para rogarle á usted una cosa.

CAL. Lo que usted quiera; rigodones, habaneras...

SOL. No es eso.

CAL. ¡Ah! vamos, polkitas, ¿eh? (Acción de bailar.)

SOL. No, señor; es que yo sé á lo que viene usted á esta casa.

CAL. Y no se lo oculto; ya lo sabe su mamá y su papá.

SOL. Sí, pero es que yo me opongo.

CAL. ¿Y por qué motivo?

SOL. Pues sépalo usted; porque tiene usted un rival.

CAL. ¿Un rival?

SOL. Sí, señor; un rival á quien yo prefiero.

CAL. (Otro pianista.) Pero, señorita, ¿usted cree?...

SOL. Que debe abandonar esta casa inmediatamente ó desistir de su propósito.

CAL. Pero eso es una crueldad; y sin haberme oído... (Acción de tocar el piano.)

SOL. No tengo necesidad de oirle á usted para saber que Arturo es mejor.

CAL. ¿Mejor? Señorita, eso es ofenderme; permítame usted que toque algo, y después podrá usted comparar...

SOL. ¿Comparar? Sepa usted que yo amo á Arturo y que jamás consentiré que usted le quite el puesto que ocupa por mi agrado.

CAL. ¡Ah! ¿Usted le quiere, hay amores por medio? Eso es otra cosa; es claro, así se explica la preferencia.

SOL. Bueno, pues ya lo sabe usted.

CAL. Pero su mamá me acepta y su papá me ha impedido salir; por lo tanto, dispénseme usted que no la obedezca.

SOL. ¿Conque usted no desiste?

CAL. Perdone usted, pero no puedo. Esperaré á su papá en esa habitación.

SOL. Puede usted hacer lo que quiera; pero, como si no.

CAL. (¡A que no toco!) (Vase segunda derecha, marcando mucho la cojera y haciendo gestos de indignación.

ESCENA XII

SOLITA y ARTURITO

Música

ART. Por fin te encuentro,
paloma mía,
y al lado tuyo
ya soy feliz.

SOL. ¡Por Dios, Arturo,
mucho cuidado!
Que no nos vean
juntos aquí.

ART. ¿Qué me importa que nos vean?
No es un delito.
¡Ay, Solita de mi vida!

SOL. ¡Ay, mi Arturito!

ART. Ya verás, si nos casamos,
que bien nos vamos
á distraer.
Yo sabré tus antojitos
y caprichitos
satisfacer.

SOL. Cuando estemos ya casados,
y amartelados
cual yo me sé,
ya verá mi maridito
con qué mimito
le trataré.

ART. ¡Ay, qué placer!

SOL. ¡Ay, qué placer!

ART. ¡Qué bien nos vamos á distraer!

SOL. ¡Ay, qué placer!

ART. ¡Ay, qué placer!

SOL. ¡Con qué mimito le trataré!

ART. ¡Ay, qué placer!

SOL. ¡Ay, qué placer!

SOLITA

¡Ay, mi Arturito,
con qué inocencia
nuestra existencia
se pasará!

ARTURO

¡Ay, mi Solita,
con qué inocencia
nuestra existencia
se pasará!

LOS DOS

Siempre juntitos,
sin separarnos;
sólo en amarnos
la dicha está.

ART. Si el cielo, vida mía,
me otorga un día
lo de cajón,
verás en el bautizo...

SOL Me ruborizo,
calla simplón.

ART. Y luego, mayorcito,
con qué mimito
nos llamará ¡papá!

SOL. ¡Por caridad!

ART. ¡Mamá!

SOL. ¡Cállate ya;
no digas esas cosas, por caridá!

ART. ¡Papá! ¡Mamá!

SOLITA

Cállate ya.
¡Ay, mi Arturito,
con qué inocencia
nuestra existencia
se pasará!

ARTURO

Nos llamará.
¡Ay, mi Solita,
con qué inocencia
nuestra existencia
se pasará!

LOS DOS

Siempre juntitos,
sin separarnos;
sólo en amarnos
la dicha está.

Hablado

SOL. ¡Ay, Arturito, estoy muy triste!

ART. ¿Por qué? Pues tu mamá me ha puesto buena cara.

SOL. Porque no sabe nada de nuestras relaciones; pero ahora mismo acabo de hablar con el otro.

ART. ¿Con qué otro?

SOL. Con el que quieren casarme.

ART. ¿Y qué dice?

SOL. Que no desiste.

ART. ¿Que no?... ¿Dónde está?... ¿Dónde está?... (Con rabia.)

SOL. En ese cuarto. (Señalando á la segnnda puerta derecha.)

ART. ¿Sí?... Pues vente á este otro lado. (Alejándose del sitio indicado.) ¿Y quién es?

SOL. Un cojo; ¡figúrate!

ART. ¿Un cojo? ¡Ay! ¡Si le cojo!...

SOL. No te pierdas.

ART. No tengas cuidado, que no le cojo.

SOL. Dicen que es muy rico.

ART. ¿Muy rico, riquita? Pues yo no tengo un perro chico, pero tengo talento y buena figurita.

SOL. Yo creo que lo mejor es que tú le hables.

ART. ¿Tiene mal genio?

SOL. No, parece muy pacífico.

ART. Entonces le pego. (Muy furioso.)

SOL. No te comprometas.

ART. Descuida, vidita, procuraré salvar la pellejita; y eso que soy valiente. Una vez me desafié con uno y escogí la pistola; y, ¿á que no sabes á dónde fuimos?

SOL. ¿Al campo del honor?

ART. Al Campo del Moro, de merienda. Me tuvo miedo; ya ves, no se atrevió... ni á pagar... pagué yo.

SOL. Bueno; entonces...

ART. No temas; yo le obligaré á que se vaya y si no se quiere ir...

SOL. ¿Qué?

ART. Se queda, ya lo verás.

SOL. Bueno, pues me voy para que puedas hablar con él. Hasta luego, ¿eh? (Medio mutis.)

ART. ¡Adiós, cielín! Oye, Solita.

SOL. (Volviendo.) ¿Qué?

ART. ¿Es de verdad que no tiene mal genio?

SOL. No, hombre, no; pero yo creo que para asustarle debes poner la voz más bronca.

ART. No quiero broncas, no quiero broncas...

SOL. Adiós, vidita. (Vase foro.)

ART. Adiós, cielín... (Subiendo hasta el foro y mirando por donde se fué Solita.)

ESCENA XIII

ARTURITO y CALDERÓN, segunda derecha

CAL. (Saliendo.) La llama vidita y la acompaña hasta la puerta. ¡No hay duda, es el otro pianista! Le hablaré.

ART. (Bajando al proscenio sin fijarse en Calderón.) ¡Casarse con otro!... Si yo tuviera coraje... le buscaba y le daba un puñetazo... (Acción de darlo, al propio tiempo que llega Calderón por detrás, alcanzándole el puñetazo.) ¡Canastitos!... ¿Cómo está usted?...

CAL. Peor, mucho peor que usted. He oído lo bastante para convencerme de que es usted mi rival preferido.

ART. ¡Ah! ¿De modo que es usted el otro?

CAL. Sí, señor; el otro. Y yo francamente, quería hablar con usted, porque no veo razón para que seamos enemigos.

ART. Ni yo tampoco.

CAL. Pues, hablemos.

ART. Hablemos. (Se sientan.)

CAL. Usted primero... porque á mí me cuesta más trabajo. (Alude á la cojera.)

ART. No, usted.

CAL. Pues, mire usted; á mí me proteje la señora de la casa, y yo ignoraba que la niña amaba á usted; y por lo tanto, es natural que le prefiera á mí.

ART. Es claro que me prefiere.

CAL. Pero, si usted fuera como debe ser, podríamos encontrar un arreglo; porque usted no sabe mis proyectos; ¡tengo yo una martingalita!

ART. ¿Cuál?

CAL. Que podíamos quedarnos los dos.
ART. No, señor, de ningún modo; me quedo yo solito, yo. (Incomodado.)
CAL. No, hombre, los dos.
ART. Yo sólo. Eso no debe ser más que para uno.
CAL. ¡Hombre!... ¡No sea usted egoista! Mire usted; usted podía tocar hasta las diez y media, y yo de la media para arriba.
ART. ¡Caballero!... ¿Qué está usted diciendo? ¡Calle usted. (Se levanta.)
CAL. Bueno, hombre, tocaré de la media para abajo; si me es igual.
ART. No, señor, no me conformo con nada. Usted ó yo sobramos; de modo que sobra usted (le asusto); y le advierto á usted que tengo mal genio, y que soy una fiera. (Grita y patea.)
CAL. Sí, para el pan. (Pues yo no dejo la casa. Aquí de mi genio.) ¿Valiente? Para eso yo.
ART. ¡Cuando á mí se me hinchan las narices!...
CAL. Estará usted muy feo.
ART. Elija usted armas.
CAL. ¿Armas? ¡Armas al hombro! La que usted quiera, porque aunque me vea usted cojo, yo no me encojo. (Paseando agitado.)
ART. Pues florete, espada, pistola... todas las tiro.
CAL. ¿Sí?... Pues yo todas las recojo.
ART. ¿Decidido?
CAL. ¡Decidido!
ART. ¿A muerte?
CAL. A eso. (Parece que lo dice de veras; ¿se le habrán hinchado ya las narices?) (Transición; le mira las narices.)
ART. (¡Caramba!) ¿Lo dirá en serio?)
CAL. Oiga usted; (Cada vez que se quieren acercar el uno al otro se asustan.) reflexione que si le doy á usted una estocada, puedo interesarle algo.
ART. Yo también puedo interesarle á usted.
CAL. Yo soy más desinteresado.
ART. ¿Sí, eh? Pues le romperé á usted una clavícula. Abur. (Vase foro.)
CAL. ¡Una clavícula! (Corre hacia donde se fué Arturo, con ademan de pegarle. Baja al proscenio.) ¡Claviculitas á mí!...

ESCENA XIV

CALDERÓN y SEÑOR CORDERO

CAL. Pues, señor, en esta casa se han propuesto aburrirme; pero lo que es yo no me voy, pase lo que pase, ¡cá! yo no suelto el órgano, aunque tenga que soltar una clavícula.

COR. (Por el foro.) (Era Dolores la culpable, ¡pobre Manso! Me ha dicho que aquí le encontraré, y que le desafíe á muerte.)

CAL. Servidor de usted. (Reparando en el señor Cordero, que habrá bajado al proscenio.) ¿Será otro pianista?

COR. Usted es acaso...

CAL. Aniceto Calderón, servidor de Dios y de usted.

COR. ¡Basta! ¿Usted acaba de tener una cuestión personal, hace un momento, y en este mismo sitio?

CAL. ¡Sí, señor!

COR. Pues bien; se trata de un amigo mío, y me envía para que usted me indique con quién debo entenderme.

CAL. (Pues pronto ha encontrado padrino el tipo ese.) ¿De modo que usted es amigo suyo?

COR. ¡Intimo! ¡Debía usted saberlo!

CAL. ¡Si no tengo el honor de conocer á usted!

COR. Pues soy Cordero, mi apellido es conocidísimo. Ha habido muchos Corderos ilustres, señor mío.

CAL. ¿Corderos ilustres? El Cordero Pascual, no conozco otro.

COR. Bueno, dejemos eso. Señor Calderón, ¿tiene usted padrino?

CAL. Sí, señor, (y madrina.)

COR. Para el duelo, mi ahijado elige la pistola; una cargada y otra descargada.

CAL. Pues yo elijo la cargada.

COR. Es imposible; él es el ofendido.

CAL. Bueno; pero yo soy el cargado.

COR. El encuentro será en el Retiro.

CAL. (Me parece que no me encuentran.)
COR. ¿Está usted conforme?
CAL. Sí, señor... Pero yo creo que la cuestión no ha sido...
COR. No trate usted de disculparse. Usted no debía haber venido nunca á esta casa, y así, nos hubiéramos evitado este disgusto.
CAL. Pero si la señora me ha rogado que viniera, ¿yo qué culpa tengo?
COR. ¡Basta! No debo oir eso.
CAL. Además, otra señora...
COR. (Mi mujer, que ha sido cómplice) Diga usted.
CAL. Que otra señora me recomendó á doña Dolores.
COR. ¿Pero á usted le recomiendan para esto?
CAL. Claro, porque si no, no sabe uno donde toca.
COR. ¡Basta! No descendamos á los detalles. Caballero, envíe usted sus padrinos al viaducto...
CAL. No querrán...
COR. Calle de la Morería, 37, á mi casa, donde nos entenderemos.
CAL. (Morería, 37, ¡donde vive doña Teresa! Este debe ser el marido.)
COR. ¡Correrá sangre, caballero! (Vase furioso por el foro.)

ESCENA XV

CALDERON y DOÑA DOLORES

CAL. Por mí que corra... todos hemos de correr... ¡Dios mío, en cuanto me vea en la calle me desencojo y no... va á ser carrera!... (Se dirige á la segunda puerta derecha, Doña Dolores le llama y se detiene.)
DOL. ¡Calderón! ¿Por dónde se mete usted? ¿Aún no le han traído el chaqué?
CAL. Señora, me alegro verla, estoy asustado.
DOL. ¿Pero por qué?
CAL. Me quieren matar.
DOL. ¡Qué atrocidad! ¿Pero quién?
CAL. El de las narices.

DOL. ¿El de las narices?...

CAL. Sí, señora Uno que dice que se le hinchan las narices. El marido de doña Teresa ha venido á desafiarme; dice que desista de mi propósito; en fin, que mañana por la mañana me rompen la clavícula.

DOL. (El marido de Teresa...) Oiga usted... Me parece que estoy en el secreto. A usted le han tomado por otro.

CAL. No es fácil confundirme. (Cojea.)

DOL. Mi esposo me ha dicho que un íntimo amigo suyo buscaba á uno que hacía el amor á su señora. Y esa señora debe ser doña Teresa...

CAL. ¿Y qué hago yo?

DOL. Nada, hombre; yo hablaré ahora mismo al señor Cordero y le diré quién es usted y á lo que viene á esta casa.

CAL. ¡Ay! Sí, señora; y á su esposo dígaselo también, y á la criada que me traiga el chaqué. Ya tengo ganas de tocar para que ustedes bailen y se acaben estos enredos.

DOL. Descuide usted. ¡Pobre Calderón!... (Vase.)

CAL. ¡Vaya unos líos!... ¡Cuando digo yo que tengo mala pata! (Cojea.)

ESCENA XVI

DICHO y ARTURITO

Música

CAL. Ya está aquí mi rival,
ART. Me late el corazón;
no es miedo, voto á tal;
es sólo precaución.
CAL. De fijo este animal
se trae mala intención.
ART. Si no fuera tan prudente
y tuviera más valor;
si ese tipo me miraba,
no temblaba, no, señor.
CAL. Si no fuera porque temo
hacer una atrocidad...

me marchaba de esta casa,
pero á gran velocidad.

ART. Si me larga un sablazo
me parte en dos.
CAL. Si me atiza un balazo,
¡ay!... no por Dios.
ART. ¡Qué mirada iracunda!
Me siento mal.
CAL. Merecía una tunda
por animal.
ART. Más vale convencerle.
CAL. Mejor es adularle.
ART. Prefiero disuadirle;
le voy á hablar.
CAL. No debo yo ofenderle.
ART. Consiento hasta en dejarle.
CAL. Conviene más decirle
que él va á tocar.
ART. Más vale convencerle.
CAL. Mejor es adularle;
conviene más decirle

CALDERÓN	ARTURO
que él va á tocar;	le voy á hablar,
mi furor debo contener;	mi furor debo contener;
mi valor quiero dominar.	mi valor quiero dominar.

CAL. La prudencia aconseja acceder.
ART. Y los nervios se deben calmar.
LOS DOS La prudencia, etc.
ART. ¡No te ciegues, Arturín!
CAL. ¡No te pierdas, Calderón!
LOS DOS Porque al fin, no es llegada la ocasión
de probar que se tiene corazón.
¡Corazón!

Hablado

CAL. (¿Si vendrá á matarme de veras?)
ART. (Que se coloca en el extremo opuesto, derecha del actor.) (Le hablaré de lejos.) (Se miran.)
CAL. (Qué coloradas las trae.)
ART. ¡Caballero!..
CAL. (Ahuecaré la voz.) ¿Qué hay?

ART. (¡Caracoles!) Pues... nada de particular... y... (Entrecortado y con miedo.)

CAL. ¿Y... qué?

ART. ¿Y... la familia?

CAL. Buena. (Con voz hueca.)

ART. (¡Ay, no me atrevo!) Pues, yo... la verdad... Caballero, he pensado en nuestra cuestión y creo que es una tontería el querer estropearnos el físico.

CAL. (Se ha vuelto atrás.) De modo, que la clavícula...

ART. Seguirá tan clavícula.

CAL. Entonces, ese señor que ha venido á desafiarme, ese Cordero...

ART. Ese Cordero no es mío. Yo vengo á proponerle á usted la paz, porque es lo que yo digo, si le doy un tiro á ese señor y le hago estirar la pata...

CAL. Me hacía usted un favor. (Levantando la pierna.)

ART. No; si digo, que hubiera sentido matarle.

CAL. Y yo... Como que si yo le mato á usted, me pongo gasa.

ART. ¿Por qué?

CAL. Por haber matado á un compañero de arte.

ART. ¿De qué arte?

CAL. Hombre, ¿no es usted pianista?

ART. ¿Pianista?... ¡Qué he de ser!... Yo no he venido aquí más que por una mujer... ¡Por ella y sólo por ella! Y como usted la quiere, de ahí viene la cuestión.

CAL. ¡Qué la he de querer, hombre, qué la he de querer!

ART. ¿Cómo que no?

CAL. Como que no.

ART. ¿Entonces no somos rivales?

CAL. ¡Claro! Ni usted es pianista, ni yo quiero á la muchacha.

ART. ¡Qué error!...

CAL. ¡Qué horror, digo yo! Porque ahora caigo en una cosa... ¿Usted viene aquí nada más que por una mujer?

ART. Nada más.

CAL. Ahora comprendo por qué han venido á desafiarme. Me han confundido con usted.

ART. ¿Conmigo?

CAL. Sí, huya usted... váyase usted, joven.

ART. ¿Pero por qué?

CAL. ¡Porque le andan buscando para matarle!...

ART. ¡Cáscaras!

CAL. Me lo ha dicho la señora de la casa.

ART. Pero... matarme á mí... ¡Ay, Dios mío!... ¡Pero! (Corre de un lado á otro.)

CAL. Se oye ruido.

ART. ¿Y qué hago yo?

CAL. Sea usted valiente, y ahora verá usted cómo lo arreglo yo todo, todo.

ESCENA XVII

DICHOS y el SEÑOR MANSO

MAN. (Ya está arreglado el lance. ¡Mañana mataré á ese infame!) (Dice esto sin reparar en los otros dos personajes.)

CAL. (Voy á hablarle.) Ya sabrá usted, señor Manso... (Con mucha amabilidad y sonriendo.)

MAN. (Sin dejarle acabar de hablar se abalanza sobre él, cogiéndole fuertemente por el cuello de la americana.) ¡Cómo! ¿Todavía está usted en esta casa?

CAL. Sí, señor; pero no tire usted tanto, que se va usted á romper la americana. (Manso le zarandea, obligándole á cojear repetidamente.)

MAN. ¿Y á mí qué me importa?

CAL. ¡Vaya si le importa!

MAN. Lo que yo quiero romperle á usted es el alma.

CAL. (No sabe nada.) Mire usted, señor Manso, tranquilícese, y yo le demostraré que está usted engañado. Yo no soy yo.

MAN. ¿Cómo?

CAL. Que yo soy éste, (Señalando á Arturo) es decir, que usted me toma por otro, y el otro es éste; y yo soy yo, y no soy el otro; porque el otro es éste.

MAN. Explíquese usted más claro.

CAL. Pues más claro; ustedes me tienen esa anti-

patía, porque creen que yo he venido á esta casa por una mujer...

MAN. ¡No lo repita usted!

CAL. Sí, señor; porque yo no vengo aquí á eso. El que viene por una mujer, de quien está locamente enamorado, es este caballero.

MAN. ¿Usted?

ART. (Me ha descubierto; pues pecho al agua.) Sí, señor; yo la amo, y si usted se opone á nuestro amor, me suicidaré, y ella se meterá monja.

MAN. ¡Infame! ¿De modo que usted es Calderón?... (Se arroja sobre él; pero Arturito huye, dando vueltas á la escena.)

ART. No, señor.

CAL. Calderón soy yo.

MAN. ¿Entonces son dos mujeres?

CAL. No, señor; una.

MAN. ¿O dos Calderones?

CAL. Uno nada más. Este es el de la mujer.

MAN. ¿La mujer de quién? Venga usted acá; usted confiesa que viene aquí...

ART. Porque la quiero.

MAN. ¿Pero á quién?

ART. Pues á ésta. (Viendo á Solita, que sale por el foro con doña Dolores.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, SOLITA, DOÑA DOLORES y después ROSA

MAN. ¿A ésta?

SOL. Sí, papá...

MAN. ¿Pero qué lío es este?

DOL. Pues yo te lo explicaré. Has confundido á este caballero. Yo te oculté que iba á venir un pianista...

MAN. ¿Y el pianista?...

CAL. Ese soy yo. (Gracias á Dios que me han conocido.)

MAN. Y este señor, ¿quién es?

ART. Pues yo soy Arturito Cascarrabias y Fuen-

terrabía del Melonar... novio de Solita y empleado cesante como oficial quinto de la clase de sextos de la sección de Calamidades públicas del ministerio de la Gobernación.

CAL. (Y con cuerda para veinticuatro horas)

ART. Y tengo el honor de pedir á usted la mano de Solita.

MAN. De modo que usted ha venido aquí...

ART. Por la mano.

DOL. Es claro, y este señor...

CAL. Por las dos manos. (Acción de teclear.)

MAN. De modo que la tarjeta del señor Calderón...

DOL. Me la mandó Teresa, indicándome que estaba complacida en mi deseo de traer un pianista.

MAN. Ya decía yo que no podía caer una mancha semejante sobre ningún Manso.

CAL. (Bienaventurados los Mansos.)

ROSA Señorito, el saqué.

CAL. ¿Mi chaquet? Venga.

MAN. ¿Cómo su chaquet?

CAL. Sí, señor. Como vine hecho una sopa, me dió doña Dolores una americana, mientras me lo secaban, y la criada me lo ha secado divinamente, y... (Se desmaya, viendo la señal de una plancha en la espalda del chaquet.) ¡Uy, qué plancha! ¡Uy, qué plancha!

TODOS ¿Cuál? ¿Cuál?

CAL. Esta que me ha quemado el chaquet... (Corre tras la criada á pegarle.) El único... ¡Dios mío! ¡Este chaquet, que lo saqué para venir aquí!...

MAN. No se apure usted, quédese con la americana.

CAL. ¡La volveré, caballero, la volveré!

MAN. No, señor, no me hace falta.

CAL. Digo que la volveré... al revés.

SOL. De modo que con Arturito...

MAN. Transijo. Y usted... vendrá á tocar todo el año.

CAL. ¡Ay! Gracias, caballero, porque me hace mucha falta. Tengo un hijo y seis mujeres; digo, una mujer y seis hijos...

DOL. Ea! Pues ahora á acabar la velada alegremente.

ART. Alegría! ¡Alegría!...

CAL. Eso es, polkitas, polkitas... (Al público.)
Ahora, á tocar y á bailar.
Ya tengo colocación.
¿Qué más puedo desear?
¡Si ustedes quisieran dar
un aplauso á *Calderón!* (Orquesta. Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracinó.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.